

(ODA SOBRE LA ODA DEL VIEJO RUISEÑOR)

Sentado bajo el árbol que sustituye al árbol
donde John Keats oyó cantar al ruiseñor
me pregunto qué acordes hubieran sorprendido
al poeta una tarde del año 2006.

El oído es un ojo que lee como vive
y la vida presente se ha vuelto un pentagrama
caótico, crispado, cada vez más agudo.
Tampoco el ruiseñor sería el mismo pájaro:
antes era un milagro en medio del reposo,
melódico misterio en labios de la noche.
Pero hace ya tiempo que los seres alados
perdieron el reloj a través de las ramas
y un reflejo nervioso de vatios en cadena
los obliga a cantar torpemente a deshora.
Lo más probable hoy es que Keats no pudiese
oír a un ruiseñor ni distinguir su canto.

Pero, ah, ¿y si pudiera? ¿Y si en este jardín
bajo el cielo de Hampstead quedara algún jirón
de silencio flotando? De ser así me temo
que esta tarde el poeta ya no habría envidiado
la estirpe voladora ni exclamado en un trance
de armónico furor: «¡Tú no naciste
para la muerte, pájaro inmortal!».
Se habría referido más bien a la extinción
de especies muscicápidas, al *smog* enredado
entre sus alas cortas o al tenso laberinto
de tendidos eléctricos que dificulta el vuelo.

Y pese a todo Keats, que cantaba mejor
que el cándido jilguero o la inconsciente flauta
al final suspiró: «No nos puede engañar
tan bien la fantasía», dudando si los sonos
habían sido fruto de un sueño pasajero.
Quizás esa sospecha amarga y terrenal
(que en lugar de mancharlo eleva su poema)

nació del rumor rojo de las enfermedades,
de la sangre perdida por la boca que canta.
Al comprender temprano que su vida era breve
el ruiseñor John Keats intentó imaginar
una voz más constante durando en las alturas,
algún pájaro eterno a lo largo de siglos
unísonos, aéreos...

Y fue en aquel refugio,
resguardado a la sombra de este leve ciruelo
que no es el genuino y que me desprotege,
donde el joven cantor soñó la permanencia
hace doscientos años sin suponer que alguien
(yo mismo o cualquier otro: la historia nos transplanta)
pagaría un billete para probar su asiento
y saldría más tarde pensando en viejas odas,
en la remota cuerda de la tuberculosis,
oyendo un aletear de fugaces motores
(¿de dónde provendrán?, ¿adónde vuelan?)
y parando a comprar un frasco de jarabe
en la absurda farmacia llamada *Keats*, oh tiempo,
que han abierto a la vuelta de su jardín inmóvil.

(de *Mística abajo*)

Andrés NEUMAN (Buenos Aires, 1977) es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Granada. Ha publicado los libros de poemas *Métodos de la noche* (1998, Premio Antonio Carvajal), *El jugador de billar* (2000), *El tobogán* (2002, Premio Hiperión), *La canción del antílope* (2003) y *Mística abajo* (2008). También es autor de dos colecciones de haikus –*Alfileres de luz* (1999, Premio Federico García Lorca), en colaboración con Ramón Repiso, y *Gotas negras* (2003)– y una de sonetos –*Sonetos del extraño* (2007)–. Asimismo, ha publicado las novelas *Bariloche* (1999, finalista del Premio Herralde), *La vida en las ventanas* (2002, finalista del Premio Primavera), *Una vez Argentina* (2003, finalista del Premio Herralde); los libros de cuentos *El que espera* (2000), *El último minuto* (2001) y *Alumbriamiento* (2006), y el libro de aforismos *El equilibrista* (2005). Ha editado *Pequeñas resistencias. Antología del nuevo cuento español* (2002); *Poesía a contratiempo* (2002), selección poética de Carlos Marzal, y *Cuentos de amor de locura y de muerte* (2004), de Horacio Quiroga. Ha traducido *Viaje de invierno* (2003), de Wilhelm Müller. Actualmente ejerce la crítica literaria en los suplementos culturales *ABCD las artes y las letras*, del diario *ABC*, y *Ñ*, del diario *Clarín*. Su obra figura en numerosas antologías, como *La generación del 99* (1999), *Yo es otro. Autorretratos de la nueva poesía* (2001), *La lógica de Orfeo* (2003) y *Veinticinco poetas españoles jóvenes* (2003).